

PROPOSITOS.

1 Asombro es, que teniendo fe tomemos tanto gusto á los bienes perecederos de esta vida, y nos hagan tan poca fuerza los bienes eternos de la otra, sabiendo que son la herencia de los predestinados. Pero mas asombro seria, si criados y engolosinados con el gusto de estos bienes terrenos, suspirásemos por los otros que solo se gustan en el cielo. Edúcanse los niños, y se les enseña en la escuela del mundo: dánseles lecciones enteramente mundanas antes que despierte en ellos la razon: apenas se les habla desde la cuna sino de lo que debieran ignorar toda la vida: no oyen hablar otra cosa que de la destreza y la habilidad de los que hacen fortuna, del esplendor y la magnificencia de los grandes, de la opulencia y de la suntuosidad de los ricos. Eternamente se trata delante de los niños de lo que fomenta el orgullo, de lo que irrita la concupiscencia, de lo que escita y anima la emulacion. Cuando niño ¿oiste hablar alguna vez de la vanidad é insubsistencia de los bienes criados? ¿y lo que has hablado hasta aquí delante de tus hijos podrá inspirarlos mucha aversion á estos bienes, y una justa idea de lo que son? Acostúmbranse los niños á aquellos alimentos con que se crían; y así corrige desde hoy en adelante un descuido tan pernicioso. Nunca hables delante de tus hijos de las cosas que tanto engañan en el mundo, sin aplicar el debido correctivo. Observa una gran reserva en tratar á su presencia de aquellas materias que pueden fomentar la vanidad. Si los negocios ó la conversacion te obligaren á tratar de algun suceso feliz, de una nueva dignidad, de un nuevo empleo, de una brillante fortuna, nunca dejes de apuntar las sombras de estos vanos resplandores: á lo menos siempre encontrarás en el pensamiento de la muerte un contraveneno muy oportuno. ¡Cuanto terreno perderian las pasiones! ¡qué cristianas serian las familias si los padres hicieran estimar el mérito y el valor de los bienes eternos!

2 Igualmente nos puede servir la prosperidad y las adversidades para que tomemos el gusto á los bienes de la otra vida, y nos disgustemos de los de esta. Si tus bienes se adelantan y van en aumento, dite muchas veces á tí mismo: todo es trabajar para mis herederos, ¿y qué gozaré yo de todo esto despues de mi muerte? Si te sale mal todo cuanto emprendes en este mundo, consuélate con que tu herencia está reservada para el cielo. ¿Vives humillado, abatido y olvidado? acuérdate de cuando en cuando que eres peregrino y extranjero, y que no

es mucho que no te conozcan en un país tan distante del tuyo. Piensa que en rigor no eres mas que un mero administrador de tus bienes, y que estás encargado de ese empleo, de ese puesto por via de comision. Algunos tienen la santa costumbre de escoger un dia cada mes para hacer delante de Dios el desapropio de sus bienes despues de la comunión á los pies de algun Crucifijo, donde renuncian la propiedad de todo cuanto poseen, protestando delante del Señor no tener gusto ni apego á otros bienes que á los eternos.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN BONIFACIO, mártir, el cual en tiempo de Diocleciano y de Maximiano padeció en Tarso de Cilicia: su cuerpo fué llevado á Roma, y sepultado en la via Latina. (*Véase su vida en el dia de hoy.*)

SAN PONCIO, mártir, en Francia, por cuya predicacion é industria se convirtieron á la fe católica los dos césares Filipos: despues fué martirizado en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES VICTOR Y CORONA, en Siria, en tiempo del emperador Antonino: Victor fué atormentado con varios y horrendos suplicios por mandato del juez Sebastian; Corona, que era mujer de un soldado, maravillada de la constancia de Victor, comenzó á llamarle en alta voz: *Bienaventurado*; y vió luego dos coronas que bajaban del cielo, destinadas la una para Victor, y la otra para ella; y asegurando esto á presencia de todos los circunstantes, habiéndola atado á dos árboles, los soltaron y la partieron en dos pedazos. Victor fué degollado.

LAS SANTAS MÁRTIRES JUSTA, JUSTINA Y ENEDINA, en Cerdeña. (Deramaron juntas su sangre por confesar á Jesucristo en el siglo II.)

SAN PASCUAL, papa, en Roma (el primero de este nombre, y sucesor de Estéban IV) el cual hizo sacar de las grutas y de los cementerios los cuerpos de muchos santos mártires, y los colocó suntuosamente en diferentes iglesias.

SAN BONIFACIO, obispo de Fiorento en Toscana, prelado ilustre que, segun refiere S. Gregorio papa, floreció desde la niñez en santidad y milagros.

SAN POMONIO, obispo, en Nápoles de Campaña.

SAN PACOMIO, abad, en Egipto, el cual edificó muchos monasterios en aquel país, y dió á sus monges una regla que habia recibido de la boca de un ángel, siendo llamados por este motivo: Monges del ángel. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN BONIFACIO, MÁRTIR.

HACIA el fin del tercer siglo en el imperio de Galerio Máximo se admiró en la Iglesia una de aquellas extraordinarias conversiones que obra algunas veces la mano poderosa del Señor para animar la confianza de los pecadores, y para descubrir al mismo tiempo á los hombres los tesoros de sus misericordias.

Habia en Roma una dama jóven, noble, rica y poderosa, llamada Aglae, hija de Acacio, que habia sido próconsul, y de familia senatoria, tan entregada al fausto y á la vanidad, que solia dar al pueblo juegos públicos, cuyos gastos costeaba ella misma. Era á la verdad cristiana, pero desacreditaba el nombre y la profesion con su desarreglada vida. Ocupada toda del espíritu del mundo, se entregaba totalmente á las diversiones, hasta tocar la raya de la disolucion, con grande escándalo de todos los fieles.

Tenia comercio ilícito con su mismo mayordomo, jóven de bella disposicion, pero dado al vino y á todos los demás desórdenes. Llamábase Bonifacio, y aunque era tambien cristiano, lo era solo de nombre, deshonrando la profesion, igualmente que su ama, por la disolucion de sus costumbres. En medio de estos defectos, se notaban en él tres buenas prendas: compasion de los miserables, caridad con los pobres, y hospitalidad con los extranjeros.

Habia mucho tiempo que traia una vida muy desordenada, cuando el Dios de las misericordias mudó su corazon con la conversion de la misma que le habia pervertido. Movida Aglae de una poderosa gracia interior, abrió los ojos para conocer sus desórdenes, y espantada con la vista del número y de la gravedad de sus pecados, despedazado el corazon de dolor, resolvió aplacar la ira de Dios con sus limosnas, y con una pronta penitencia.

A la conversion de Aglae se siguió inmediatamente la de Bonifacio, y ambos repararon con ventajas el escándalo que habian dado á los fieles, con la mudanza de su vida y con sus grandes ejemplos. Comenzó Aglae haciendo á Dios un generoso sacrificio de todas sus galas y sus joyas; prohibióse todo género de diversiones, y se retiró para siempre de todas las concurrencias mundanas. A las antiguas diversiones ilícitas sucedió el ayuno, la oracion, el cilicio y otras muchas penitencias; y procurando rescatar sus pecados con sus limosnas, se sepultó en un profundo retiro, determinada á pasar lo restante de su vida en-



S. BONIFACIO M.

tre gemidos y llantos. Por su parte Bonifacio no omitia medio alguno para ser fiel á la gracia, dando cada dia nuevas pruebas de la sinceridad de su conversion.

Noticiosa Aglae de que el emperador Galerio Máximo continuaba en el Oriente la persecucion contra los cristianos, que habia cesado en Roma despues de algunos años, y que cada dia sellaba la fe con su sangre algun generoso confesor de Jesucristo, llamó á Bonifacio, y le dijo con lágrimas en los ojos: *Bien sabes la necesidad que tú y yo tenemos de solicitar la proteccion de los santos mártires, tan poderosa con el Señor. He oido decir, que todos los que sirven á los santos que combaten por Jesucristo, merecen que los mismos santos intercedan por ellos en el tribunal del supremo Juez; la persecucion es cada dia mas furiosa en el Oriente; todos los dias se hacen nuevos mártires; vé, pues, y tráeme algunas reliquias; haz cuanto puedas para conducirme el cuerpo de algun mártir, que yo le recibiré con veneracion, y fabricaré en su honor un oratorio.*

Muy gustoso Bonifacio con semejante comision, dispuso un magnífico tren para partir á desempeñarla: tomó una gran cantidad de dinero, así para comprar los cuerpos de los mártires, como para socorrer á los siervos de Dios que estaban en las cárceles, y para hacer cuantiosas limosnas á los pobres. Prevenidos, pues, doce caballos, tres literas, y diversos aromas para embalsamar los santos cuerpos, partió para la Cilicia. Al despedirse de su ama, la dijo como por chanza: *Señora, vos me enviáis á que os traiga el cuerpo de algun mártir; si Dios me hiciera la gracia de que diese mi vida por la fe, y os trajeran mi cuerpo, ¿le tendríais por reliquia? Bonifacio, le respondió Aglae, ya no es tiempo de gracias; la corona del martirio no se hizo para tan grandes pecadores; procura no desmerecer traerme el santo deposito que te encargo, y hacerte digno de la proteccion del santo cuyas reliquias me condujeres.*

Hicieron estas palabras grande impresion en nuestro Santo. Prohibióse la carne y el vino por todo el tiempo del viaje; y juntando á esta abstinencia la continua oracion que hacia á Dios, y las dolorosas lágrimas de contricion que derramaba, se iba disponiendo para la corona del martirio.

Luego que llegó á Tarso de Cilicia despachó al meson el equipaje con los criados, y él se fué en busca de algunos cristianos de la ciudad para saber lo que en ella pasaba. Muy presto le informaron sus mismos ojos; porque habiendo llegado á una gran plaza, vió en ella atormentar á los santos mártires, que eran en número de veinte. Unos estaban colgados cabeza abajo, in-

mediatos á una hoguera encendida; otros estendidos en cuatro palos, y horriblemente despedazados; estos descuartizados; aquellos enclavados, aserrados, empalados, azotados, casi espirando á la violencia de los golpes, y tan cruelmente atormentados, que causaban horror á los circunstantes, aunque por la mayor parte eran paganos.

Encendido Bonifacio, á vista de este espectáculo, en un nuevo deseo del martirio, y animado de mayor aliento, lleno de confianza en la misericordia de aquel Señor que le daba tanto espíritu, rompe por la muchedumbre, se acerca á los santos mártires, les abraza, besa tiernamente sus heridas, y grita con esfuerzo fervoroso: *Grande es el Dios de los cristianos; poderoso es el Dios á quien adoran estos santos mártires, y por cuya gloria tienen la dicha de derramar su sangre. Siervos de Dios, héroes cristianos, yo os suplico que roguéis á Jesucristo por mí, y me consigais la gracia, aunque soy tan grande pecador, de que tenga parte en vuestros combates y en vuestro triunfo.* Arrojándose despues á los pies de los generosos confesores, besaba sus cadenas; y levantando la voz, los decia: *Buen ánimo, mártires de Jesucristo; combatid por aquel que combate con vosotros; confundid á todo el infierno con vuestra fe y con vuestra constancia; pocos momentos os restan que padecer; el combate es corto; el premio es inmenso, es eterno.*

El gobernador Simplicio, que estaba presente, habiendo advertido lo que pasaba, dió orden para que le trajesen á su tribunal, y le preguntó quién era, y qué queria decir aquella especie de entusiasmo. Yo soy cristiano, respondió Bonifacio con tono intrépido y firme, y tengo envidia á los bienaventurados mártires que logran la fortuna de derramar su sangre por un Dios, que, hecho hombre para redimirnos, dió primero su sangre y su vida por nosotros. Admirado el gobernador de aquella intrépidez, le preguntó: ¿Como te llamas? Ya te lo he dicho, respondió el Santo: llámome cristiano; pero si quieres saber mi nombre vulgar, me llamo Bonifacio. Muy osado eres, replicó el gobernador, pues me vienes á insultar al pié de mi tribunal, y á vista de los suplicios. Ahí tienes un altar, para que aquellos de tu religion que quisieren librarse de ellos, sacrifiquen á los dioses. Sacrifica tú al instante al gran Júpiter, porque si no, voy á dar orden para que seas atormentado de mil maneras. Puedes hacer de mí lo que quisieres, respondió el Santo; pues ya te he dicho repetidas veces que soy cristiano, y no tengo de ofrecer sacrificio á los infames demonios. Irritado furiosamente el gobernador con esta respuesta, le mandó apalear hasta que le

moliesen los huesos; y haciendo aguzar unas pequeñas estacas, ordenó que se las hincasen entre las uñas. Era el dolor vivo y agudo, pero el Santo le toleró con un semblante risueño. Juzgando Simplicio que le insultaba con aquella alegre serenidad, dió orden para que le echasen en la boca plomo derretido. Persuadido Bonifacio á que este tormento le quitaria el uso de la lengua, quiso prevenirle, para consagrar á Dios el último ejercicio de ella; y levantando los ojos al cielo, hizo esta devota oracion:

Yo te doy gracias, Señor mio Jesucristo, porque te dignaste aceptar el sacrificio que te hice de mi vida: ven, Señor, en socorro de tu siervo; perdónale todas sus maldades; sean purgadas con su sangre, y sirvame la muerte en lugar de penitencia. Fortificame con tu gracia, y no permitas que me venzan los tormentos. Acabada esta oracion, se volvió á los otros mártires, y con voz alta los dijo: *Yo os suplico, siervos de Jesucristo, que roguéis á Dios por mí.* Todos los santos mártires se encomendaron tambien en sus oraciones. Enternecióse el pueblo á vista de este espectáculo, y Bonifacio comenzó á clamar á voz en grito: *¡O qué grande es el Dios de los cristianos! No hay otro Dios; el Dios de los mártires es el único Dios verdadero. Jesucristo, Hijo de Dios, salvadnos; todos creemos en vos; tened misericordia de nosotros.* A este tiempo el pueblo echó por tierra el altar, y comenzó á arrojar piedras contra el gobernador, que se vió precisado á retirarse y á esconderse hasta que se apaciguase la sedicion.

El Santo fué conducido á la cárcel, y el dia siguiente, hallándole el juez tan firme y tan intrépido como el antecedente, mandó que le echasen en una caldera de pez y aceite hirviendo. Hizo el santo mártir la señal de la cruz sobre ella, y reventando la caldera por todas partes, salieron torrentes de pez derretida, que abrasaban á los circunstantes. Espantado el gobernador del poder de Jesucristo, mandó que le cortasen la cabeza. Así purgó Bonifacio las culpas de su vida pasada, derramando su sangre por Jesucristo. A su muerte, que sucedió el dia 14 de mayo, se siguió inmediatamente un gran temblor de tierra, que atemorizó á los gentiles, y muchos se convirtieron.

En este tiempo los compañeros y criados de Bonifacio, ignorantes de lo que habia pasado, inquietos y cuidadosos, viendo que despues de dos dias no habia parecido en la posada, le andaban buscando por todas partes; y aun algunos se adelantaron á juzgar que estaria sin duda en alguna casa de juego, ó quizá en otra peor. Como andaban preguntando por un extranjero, recién venido de Roma, de mediano talle, robusto, de pelo blon-

do y rizado, con una capa roja, encontraron con el hermano del carcelero, que por las señas les dijo era sin duda uno que habian preso por cristiano, y dos dias antes le habian cortado la cabeza. ¿No nos harás gusto de enseñarnos el cuerpo? le dijeron ellos. Y él los respondió: No teneis mas que seguirme, pues en el arenal le hallaremos.

Apenas le reconocieron, cuando llenos de admiracion, de gozo y de arrepentimiento de los malos juicios que habian hecho, se arrojaron á sus pies, deshaciéndose en lágrimas. Entonces la cabeza del santo mártir, con un prodigio verdaderamente extraordinario, abrió los ojos, mirándolos á todos con una halagüeña sonrisa, y los llenó de compuncion y de consuelo. Despues de haber cumplido con su devocion, pidieron al oficial que los dejase llevar el santo cuerpo; y lo consiguieron mediante quinientos escudos de oro que le dieron por él. Embalsamaronle, y envolviéronle en ricas y preciosas telas, y metiéndole en una litera, tomaron la vuelta de Roma, no cesando de alabar á Dios por el dichoso fin del santo mártir.

A este tiempo, hallándose Aglae en oracion, oyó una voz del cielo, que la dijo: *El que antes era criado tuyo, ya es hermano nuestro; recíbele como á tu Señor, y colócale dignamente, porque singularmente á su intercesion deberás que Dios te perdone tus pecados.* Levantóse prontamente, y saltando su corazon de alegria, rindió mil gracias á Dios por la misericordia que habia hecho con su siervo. Rogó á algunos clérigos que la acompañasen, y salió á recibir las santas reliquias, cantando devotas oraciones por el camino, todos con velas en las manos y con prevencion de aromas. Apenas habian andado un cuarto de legua, cuando llegó el cuerpo del santo mártir. No se puede explicar la veneracion y las lágrimas de gozo con que fué recibido. Enterráronle en un terreno que era posesion de Aglae, y allí mismo ésta hizo levantar un magnífico sepulcro, y algunos años despues mandó fabricar un oratorio. Renunció enteramente al mundo, repartió sus bienes entre los pobres, dió libertad á sus esclavos, y no teniendo consigo mas que algunas doncellas que la servian, dispuso que la hiciesen una ermita junto á la capilla del santo mártir, donde vivió todavía trece años entregada á los mas ejemplares ejercicios de devocion, y murió santamente, declarando el Señor la santidad de su sierva con muchos milagros.

SAN PACOMIO, ABAD Y CONFESOR.

SAN Pacomio, tan célebre en todo el mundo cristiano, y á quien se le puede considerar como el verdadero fundador de la vida religiosa y cenobítica; esto es, de los que debajo de una misma regla, y sujetos á un superior, viven de comunidad dentro de un monasterio, nació al mundo en la superior Tebaida hácia el año de 278. Siendo niño, le llevaron sus padres, que eran gentiles, á un templo de los ídolos. Enmudeció el demonio, declarando que no hablaria mas palabra mientras estuviere presente aquel niño. Persuadiéronse todos á vista de este suceso, que Pacomio habia de ser con el tiempo enemigo de los dioses; y se confirmaron en este concepto, viéndole vomitar el vino que se habia ofrecido á los ídolos. Sin embargo, sus padres cuidaron mucho de su educacion, buscando maestros que le instruyesen en la ciencia de los antiguos, y procurando que aprendiese con perfeccion la lengua egipciaca.

Apenas salió Pacomio de estos estudios, cuando fué reclutado por fuerza, juntamente con otros mancebos, en una leva que se hizo para el ejército de Constantino contra el tirano Aquileo. Embarcaronlos á todos en el Nilo, y aquella misma noche desembarcaron en un pueblo que casi todo él era cristiano. Fueron recibidos por los vecinos de aquel pueblo con tanto agrado, con tanta caridad, y con tan extraordinario agasajo, que asombrado Pacomio, preguntó al patron, qué motivo tenian para tratar de aquella manera á unos extranjeros y hombres desconocidos. Respondióle el patron, que así lo mandaba la religion cristiana, que se profesaba generalmente en aquella ciudad. Rogóle Pacomio que le esplicase qué religion era ésta, cuáles sus dogmas, y qué doctrina enseñaba. Instruido de todo, concibió desde luego tan vivos deseos de hacerse cristiano, que resolvió pedir el bautismo luego que, concluido el tiempo de servicio, obtuviese su licencia.

Consiguióla inmediatamente que se acabó la guerra de Egipto, y puso en ejecucion su propósito, presentándose en la iglesia del burgo de Chenobosco, donde se hizo catecúmeno. Era de excelente capacidad y de costumbres limpias; con que tardó poco en ser instruido, y consiguientemente bautizado. Luego que se vió cristiano, resolvió hacerse santo practicando lo mas perfecto que se lee en el Evangelio. Dudando, no sin alguna congoja, en la eleccion de los medios mas convenientes para conseguir este fin, llegó á su noticia que en lo mas interior del desierto habitaba

un santo viejo , y gran siervo de Dios , llamado Palemon. Buscóle , y le rogó que le admitiese por discípulo suyo. El santo viejo , sin abrir la puerta de la celda , le respondió desde adentro que alababa su buena resolución , pero que buscarse á otro para que fuese su maestro en la vida solitaria ; porque otros muchos , disgustados del mundo , habian venido , como él , con la misma pretension , y ninguno habia perseverado. Insistia Pacomio , y Palemon le respondió: *Hijo mio , tú no le podrás acomodar con mi género de vida : yo no como mas que pan y sal ; no gusto aceite ; no bebo vino ; estoy en vela la mitad de la noche , empleándola en rezar salmos , y en meditar la sagrada Escritura , y algunas veces la paso toda entera sin dormir , gastándola en la oracion.* Atemorizóse Pacomio al oír este discurso , pero no se desalentó ; antes lleno de confianza en Dios , replicó á Palemon: *Padre , yo espero que aquel Señor que me ha enviado á tí , me dará fuerzas para seguirte.* Enamorado el buen viejo de su fe y de su aliento , le abrió la puerta de la celda , y le dió el hábito de solitario.

En poco tiempo llegó el discípulo á la perfeccion del maestro , y aun la aventajó. En nada encontraba dificultad su fervor ; ayunos , vigiliias , penitencias , trabajo de manos , todo le parecia fácil. Cuando rezaban el oficio divino por la noche , observaba el viejo que á Pacomio le molestaba el sueño , le sacaba fuera de la celda , le hacia llevar arena de una parte á otra para despertarle , encargándole mucho que juntase siempre la oracion con el trabajo , y el recogimiento con la oracion.

En un dia de pascua previno Palemon á Pacomio que dispusiese de comer por la solemnidad de la fiesta , y creyó Pacomio que debia añadir un poco de aceite á la comida ordinaria , en atencion á tanta solemnidad. Gustóla Palemon , y exclamó: *Mi Salvador fué crucificado , ¡y yo he de gastar condimento en la comida!* No la volvió á probar , y Pacomio no quiso ser menos mortificado que Palemon.

Vino á visitarlos un solitario del desierto inmediato ; y les preguntó , si tendrían tanta fe que se atreviesen , como se atrevia él , á caminar con los pies desnudos sobre brasas encendidas. Descubrió S. Palemon en aquel solitario un gran fondo de orgullo , y le respondió: *Hermano , si tenemos mucha fe , tendremos mucha humildad.* El trágico fin de aquel solitario orgulloso hizo mas humilde á nuestro Santo. Habiéndole dado Dios á entender en una revelacion que fuera de la Iglesia católica no podia hallarse la verdad , miró por toda su vida con grande horror á los herejes y á los cismáticos , singularmente á los marcionistas y á los melecianos.

Habiendo estado muchos años en compañía de S. Palemon , un dia que se alejó mucho de la celda , se halló en un sitio muy solitario , llamado Tabena , donde se puso en oracion y oyó una voz que le dijo: *Pacomio , fija aquí tu habitacion , y funda un monasterio capaz para dirigir en él ; segun la regla que te daré , á todos los que viniéren á tí , para que los quies por el camino de la salvacion.* Al punto se le apareció un ángel , y le entregó una tabla en que estaba escrita la regla que despues se observó con gran fruto. Refirió Pacomio á Palemon lo que le habia sucedido , y los dos se retiraron al desierto de Tabena , donde á los principios solo edificaron una pequeña celda , que fué como la cuna del célebre monasterio de Tabena á las orillas del Nilo.

Poco despues sucedió la muerte de Palemon , en quien perdió Pacomio un gran auxilio ; pero le consoló Dios con traerle á Juan su hermano mayor , que vino á buscarle , y abrazó el mismo género de vida.

Estuvieron solos algunos años , trabajando en hilar y en hacer sacos , que vendian para sustentarse y para dar limosna á los pobres , á quienes repartian todo lo que les sobraba del trabajo de sus manos. Vestian una túnica muy grosera , que solo mudaban cuando habia necesidad de lavarla.

Nunca se desnudó nuestro Santo de un áspero cilicio , que le llegaba hasta las rodillas. En quince años no se acostó ; dormia sentado en una piedra , sin arrimarse á la pared. Regularmente hacia oracion con los brazos en cruz , y algunas veces pasaba las noches enteras en esta postura.

Tuvo mucho que sufrir del genio desabrido y enfadoso de su hermano Juan , que murió poco tiempo despues ; pero mucho mas ejercitaron su paciencia las violentas tentaciones de que fué combatido , y las fortísimas ilusiones con que el demonio procuró sorprender su fe y cansar su sufrimiento. Causan admiracion los artificios de que se valió el enemigo comun para engañarle ; pero de todos libró al Santo su humildad y su frecuente recurso á la oracion. En la mas terrible fuerza de estos combates le deparó Dios á un santo solitario llamado Apolo , que le fortificó y le alentó mucho , exhortándole á que pusiese toda su confianza en Dios y en la proteccion de la santísima Virgen. Con efecto , mediante la asistencia de la divina gracia triunfó de todo el infierno ; resplandeció mas su virtud , y la manifestó Dios con el don de los milagros. Caminaba sobre las serpientes sin recibir lesion alguna , y muchas veces le vieron pasar el Nilo conduciendo de los cocodrilos.

Aunque la primera vision habia hecho grande impresion en el ánimo y en el corazon de Pacomio, no obstante fué necesaria segunda advertencia del cielo para resolverse á juntar discípulos, y á instruirlos segun la regla que le habia traído el ángel. Era esta muy breve, proporcionada á la flaqueza humana, llena de prudencia, y muy propia para conducir el alma á la mas elevada perfeccion.

Ordenaba que á cada uno se le permitiese comer segun su necesidad, y ayunar segun sus fuerzas; pero que al mismo tiempo cada cual fuese obligado á trabajar á proporcion de lo que comia, queriendo que la desidia y la pereza estuviesen desterradas para siempre del monasterio. Prescribia que hubiese tres monges en cada celda; que no hubiese mas que una cocina y un refectorio; y para que no se viesen unos á otros durante la comida, todos calasen la capilla ó el capucho; que el silencio fuese perpetuo, y la modestia de los ojos singular; que todos vistiesen una túnica de lino ceñida con una correa, y un manto blanco de pelo de cabra, en cuyo traje habian de comer y habian de dormir; que para comulgar fuesen no mas que en túnica y capilla. Disponia que los novicios no fuesen admitidos al trato con los monges antiguos hasta pasados tres años de probacion, en cuyo tiempo no se les debia permitir otro estudio que el de la oracion, humildad y mortificacion; que el silencio perpetuo, y la ciega obediencia á la menor insinuacion del superior habia de ser distintivo de todos. Mandaba que la comunidad se distribuyese en veinte y cuatro listas ó familias diferentes, correspondientes al número de las letras del alfabeto griego, con una letra en cada lista, que tuviese cierta alusion secreta á las costumbres y genio de los que se asentaban en ella. La lista de los mas dóciles, por ejemplo, estaba señalada con la letra jota *J*. La de los mas duros ó menos tratables á las leyes del gobierno, con la letra *xi*, cuya estraña figura ξ , compuesta de rasgos irregulares, espresa perfectamente el genio de los imperfectos y la irregularidad de su proceder. Ordenaba, en fin, que se hiciese oracion doce veces á la mañana, doce á la tarde y doce á la noche. Y como á Pacomio le pareciese que la regla era demasidamente suave, el ángel le respondió, que habiéndose formado la regla para los flacos, y no para los perfectos, era razon atender mas á la flaqueza de los unos, que al fervor de los otros; no pidiendo á aquellos mas que lo preciso á que estaban obligados, y dejando libertad á estos para que añadiesen lo que les inspirase su devocion.

Los primeros que acudieron á ponerse bajo la disciplina de

Pacomio, fueron Psentheso, Suris y Obrís, seguidos despues de tantos otros que fué preciso edificar nuevos cuartos, y en pocos dias subieron á algunos millares los discípulos de nuestro Santo. En todos encendia el fervor con sus desvelos, con sus oraciones y con sus ejemplos. Era el primero en todos los actos de comunidad, servia á la mesa, trabajaba en la huerta, barria la casa, asistia dia y noche á los enfermos, sin otra prerogativa ni distincion que la de vivir con mayor austeridad que todos los demás, y ser mas humilde que todos.

Hasta que sus monges fuesen elevados á la dignidad del sacerdocio, hacia venir de los lugares vecinos algunos sacerdotes que dijese misa en el monasterio; y teniendo noticia de que en aquella comarca habia muchos pobres pastores, destituidos de la palabra de Dios y de los sacramentos, confirió el punto con S. Aprion, obispo de Centira, á cuya diócesi pertenecian, y los edificó una iglesia adonde iba en persona el mismo Santo á hacer oficio de lector, y á esplicarles el Evangelio. Inspirábales devocion la sola presencia del santo abad, y su grato semblante, aunque estenuado, su modestia, su apacibilidad y su virtud convirtieron á la fe á muchos paganos, reduciendo tambien á la Iglesia á gran número de herejes.

Por este tiempo, visitando S. Atanasio, patriarca de Alejandria, las provincias de su jurisdiccion, vino á ver el célebre monasterio de Tabena. Salióle á recibir S. Pacomio con todos sus religiosos, distribuidos en sus veinte y cuatro clases, que formaban otros tantos coros; recibieronle cantando himnos y salmos; pero nuestro Santo, que aborrecia toda distincion, supo ocultarse entre los demás tan diestramente, que S. Atanasio no pudo distinguirle.

Noticiosa la hermana de S. Pacomio de su maravillosa vida, vino al monasterio con grandes ansias de verle; pero el siervo de Dios la negó este consuelo, enviándola á decir por el portero, que debia contentarse con saber que estaba vivo y sano, y que así la rogaba se volviese en paz á su casa; pero que si, movida de Dios, queria pasar en el desierto los dias de su vida, él la haria edificar un monasterio, adonde pudiese retirarse ella y todas las demás que quisiesen imitar su ejemplo. La virtuosa doncella, enternecida, llorosa y edificada del despego de su hermano, aceptó la proposicion que la hacia, considerándola como un órden bajado del cielo, y resolvió pasar en la soledad lo que le restaba de vida. Hizo Pacomio que sus monges la edificasen un monasterio distante del suyo, con el Nilo entre los dos, donde en poco tiempo fué madre de un crecido número de

religiosas, á las cuales señaló el santo abad un director, dándolas una regla, y prescribiéndolas cierta forma de vida, casi en todo semejante á la que observaban los monges. En muriendo alguna religiosa, las demás disponian todo lo necesario para la sepultura, y conducian el cadáver hasta la orilla del Nilo, que separaba los dos monasterios, cantando salmos segun la costumbre de la Iglesia; pasaban despues los monges el rio con ramos de palmas y de oliva, y cantando igualmente salmos, la traian á la orilla opuesta, y la enterraban en el cementerio con muchas ceremonias y solemnidad.

Favoreció Dios á S. Pacomio con el don de profecía, de lenguas y de milagros, haciéndole tan célebre en todo el Oriente, y concurriendo tantos discípulos á la fama de su santidad, que fué preciso edificar otros muchos monasterios, á los cuales señalaba el Santo superiores particulares, teniendo cuidado de visitarlos todos los años. Fué tan prodigioso el número de los monges, que se contaban mas de veinte mil, poblando de santos todo aquel vasto desierto.

Atendia el santo abad con singularísimo desvelo á desterrar de sus monasterios todo espíritu de novedad; y así fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron los herejes para introducir en ellos sus errores, porque Pacomio eludió sus artificios. Por el especial horror con que miraba las obras de Orígenes, prohibió á los monges su lectura debajo de graves penas; y hallando en cierta ocasion un libro suyo, le arrojó en el Nilo con indignacion, diciendo que le hubiera arrojado en el fuego, á no estar escrito en él el nombre santo de Dios.

Un tierno jóven gentil, de edad de solos catorce años, llamado Teodoro, hijo único, heredero de un rico patrimonio, oyendo referir las maravillas que obraba S. Pacomio, se sintió tan movido, que renunciando todas las vanas esperanzas con que el mundo le lisonjeaba, y robándose á la ternura de su madre, se escapó al monasterio de Tabena, y pidió al santo abad que le admitiese en el número de sus hijos. Recibióle Pacomio, previendo que algun día habia de ser ornamento y padre de aquellos monges. Corrió la madre á sacarle; pero el novicio no la quiso ver: las respuestas que la envió por el portero del convento, hicieron tanta impresion en aquella buena mujer, que renunciando el mundo, y distribuyendo al punto sus bienes entre los pobres, se fué á poner bajo la regla y conducta de la hermana de S. Pacomio. Templó Dios la alegría que causaban al Santo estas prosperidades espirituales con una vision que tuvo sobre la suerte de su instituto. Diósele á entender

que con el tiempo se habia de relajar el fervor de sus hijos, y que esta funesta desgracia sucederia por la relajacion de los superiores, que dejando de ser hombres interiores, comenzarian á gobernar por espíritu de prudencia humana y por razones políticas, abriendo la puerta á muchos abusos, y despreciando como menudencias las mas pequeñas observancias religiosas; por cuya debilidad en el gobierno, por cuya indevacion y malos ejemplos se perderia la disciplina regular, y con ella todo el espíritu de la orden.

Afligió mucho esta vision al santo abad, y no perdonó á medio alguno para prevenir tan lastimosa desgracia; pero no halló otro consuelo que el que le suministró la solidez de su virtud.

Tambien quiso Dios probarla con otras tribulaciones, que le sobrevinieron con motivo de sus mismas visiones, milagros y profecias. A solo el nombre de Pacomio huían los demonios de los cuerpos que poseian; concurrían en tropas los enfermos, y sanaban todos con las oraciones del Santo. En medio de eso no dejaron de calumniarle, acusándole de hechicero, y de que tenia pacto con el demonio. Juntáronse algunos obispos en la ciudad de Latopla hácia el año de 346, y le mandaron comparecer para justificarse. Hizolo el Santo de manera, que aquellos prelados quedaron admirados de su humildad, de su sabiduria, de su prudencia, y de las extraordinarias gracias que Dios habia depositado en su pura alma. Restituido á su monasterio, prosiguió empleando los grandes talentos que habia recibido, hasta que estenuado con sus penitencias, debilitado con sus trabajos, y colmado de merecimientos, cayó malo algunos dias despues de pascua. Durante su enfermedad en nada moderó su fervor, ni perdió aquella alegría natural con que siempre habia servido á Dios despues del bautismo. Dos dias antes de morir mandó juntar los monges; dióles algunas instrucciones; encargóles con el mayor encarecimiento que jamás tuviesen comunicacion con los sectarios de Arrió, de Melecio, ni de Orígenes; propúsoles por sucesor suyo á Petronio; y se entretuvo despues por algun tiempo con su querido discípulo Teodoro, por sobrenombre el *Santificado*. En fin, lleno de alegría y de confianza en Jesucristo, á quien habia servido con fidelidad, y en la intercesion de la santísima Virgen, á quien amaba con ternura, entregó su bienaventurado espíritu en manos de su Dios el dia 9 de mayo del año 348, cerca de los setenta y dos de su edad, habiendo pasado treinta y cinco de ellos en el monasterio de Tabena; y fué enterrado con la solemnidad que merecia un santo tan grande.